

ENSAYO

EL PENSAMIENTO CONSERVADOR DE ALBERTO EDWARDS

Renato Cristi*

En este ensayo Renato Cristi explora la evolución del pensamiento político de Alberto Edwards, distinguiendo en éste dos etapas: una, en la que Edwards se identifica con el conservantismo liberal, y otra, en la que adopta una postura conservadora revolucionaria.

En la primera parte se examina la situación histórica que marca los puntos de flexión de la evolución de Edwards; luego se analiza la conceptualización que subyace a su elaboración historiográfica. De acuerdo al autor, no hay en Edwards una reflexión epistemológica que fundamente de modo filosófico su conservantismo y la evolución que experimenta. Sin embargo, a través de su trama historiográfica se pueden entrever tanto la arquitectura conceptual que Edwards comparte con los pensadores conservadores europeos que ha leído, como su intento de transferir sus argumentos a las circunstancias chilenas. Así, las etapas biográficas de Edwards corresponderían a dos momentos del pensamiento conservador europeo: el conservantismo liberal de Burke, Constant y Tocqueville, y el conservantismo revolucionario de Spengler y Schmitt.

En el prólogo a la octava edición de *La fronda aristocrática*, Mario Góngora señala los dos aspectos más controvertidos de la obra de Alberto

*Ph. D. (Toronto). Profesor del Departamento de Filosofía en Wilfrid Laurier University, Waterloo, Ontario, Canadá.

Edwards: su conservantismo político y la visión interpretativa global que funda su elaboración historiográfica.¹ Góngora da por supuesto su conservantismo político y no intenta definirlo. Piensa posiblemente en su práctica política como miembro activo del Partido Nacional durante la república parlamentaria; luego, miembro de Unión Nacional, un movimiento de renovación nacionalista fundado en 1913, y más tarde como apologistas y eminencia gris de la dictadura de Ibáñez, entre 1927 y 1931. Pero es más explícito con respecto al segundo aspecto. Lo que llama "visión interpretativa global" la define a partir de lo que Meinecke entiende por "*dilettantismo*".² Se trata de una elevación de la mirada histórica más allá del examen detallado del material documental. El *dilettante* no rechaza el dejarse guiar por ideales reguladores o aun por apreciaciones intuitivas acerca del rol genial de ciertos individuos excepcionales. Edwards es ciertamente un historiador. Góngora, sin reservas, lo califica como "el mejor historiador de la época republicana".³ No me interesa aquí, sin embargo, estudiar su producción historiográfica en cuanto tal, sino el sistema de ideas que lo sostiene; es decir, estudio la "visión interpretativa global" que dirige su producción historiográfica. Si con la noción de conservantismo político Góngora pretende apuntar hacia aquellos compromisos prácticos en la actividad de Edwards y por medio de la noción de "*dilettantismo*" caracteriza el lado más teórico de su actividad, fusiono estos dos aspectos en la idea de pensamiento conservador. Coincido, en este punto, con la distinción elaborada por Mannheim entre "tradicionalismo", es decir, una actitud subjetiva e inconsciente frente al cambio social, y "pensamiento conservador", que él mismo define como una postura razonada y consciente, y que se expresa como concepción sistemática del mundo.⁴ Ahora bien, el proyecto que guía la totalidad de la obra de Edwards en tanto que pensador conservador busca, por su parte, desarticular el dominio avasallador que las ideas liberales y democráticas tienen en Chile, y por otra, en tanto que el liberalismo democrático ha contribuido al desprestigio del principio de autoridad, su proyecto busca el pleno restablecimiento de tal principio. Un Estado autónomo, presidido por un Ejecutivo fuerte, es la proposición que más claramente destaca en su arsenal de ideas.

¹Alberto Edwards, *La fronda aristocrática* (Santiago: Universitaria, 1982), p. 14.

²Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Universitaria, 1986), p. 13.

³Ibídem, p. 45.

⁴Karl Mannheim, "Conservative Thought". *From Karl Mannheim*, ed. por Kurt Wolff (Nueva York: Oxford University Press, 1971), pp. 157-158.

Cuando Edwards comienza a elaborar su proyecto, la legitimidad democrática y el liberalismo son los factores determinantes de la institucionalidad pública chilena. La defensa de tal legitimidad no ha tenido que acudir a elaboraciones sistemáticas en los ámbitos de la epistemología, la filosofía moral o la filosofía política. De alguna manera la tarea fundacional de los liberales chilenos del siglo XIX no precisa de un desarrollo tan amplio y sistemático como el liberalismo en Europa. Ello se debe, en primer lugar, a que los liberales chilenos entran en la escena relativamente tarde, cuando la trama filosófica que sostiene al ideario liberal ya ha sido elaborada detalladamente. Y en segundo lugar, porque la Independencia de Chile, es decir, aquel suceso histórico que define la esencia misma de Chile como nación, aparece como un hecho fundamentalmente republicano y liberal, es decir, es un hecho consumado que no puede interpretarse de otra manera que como una ruptura emancipadora con una tradición de obediencia y lealtad a una autoridad establecida. En este sentido coincido con Collier cuando afirma que, en el período que va desde 1810 a 1830, "la vieja ortodoxia basada en la lealtad hacia la Corona y la obediencia a las autoridades peninsulares es reemplazada por la ortodoxia contemporánea del liberalismo individualista".⁵ Para liberales como Lastarria, Barros Arana, Vicuña Mackenna y Amunátegui el combate contra el conservantismo portaliano se simplifica enormemente. Sólo tienen que apuntar un dedo historiográfico hacia el hecho de la Independencia. En Chile, al revés de lo que sucede en Europa, el liberalismo no tiene que luchar contra la persistencia de una legitimidad monárquica, contra sentimientos dinásticos acendrados ni contra la noción de deberes naturales. En la noción misma de la Independencia viene incluida la noción de legitimidad democrática y la idea de derechos individuales como algo natural e inalienable. No es necesario, por tanto, que el liberalismo en Chile adopte una postura filosófica. Y no debe sorprender que el movimiento emancipador chileno no haya "producido un solo tratado sistemático de política que pueda ser considerado como una expresión fiel de la ideología revolucionaria".⁶ A los liberales chilenos les basta con la historia, es decir, les basta con rememorar historiográficamente el hecho republicano y liberal de la Independencia de Chile para ganar de palmo a palmo su argumentación.

Edwards es quien por primera vez se enfrenta con el liberalismo y la democracia criollas en el único terreno posible para el combate: la historia de

⁵Simón Collier, *Ideas and Politics of Chilean Independence* (Cambridge: Cambridge University Press, 1967), p. 129.

⁶Ibídem, p. 132.

Chile. Inicia así un revisionismo histórico conservador que luego proseguirán Encina y Eyzaguirre, y más recientemente Mario Góngora y Gonzalo Vial. Este revisionismo involucra, en el caso de Edwards, un fondo de ideas, que en una primera época se asienta en su lectura de autores como Burke, Constant, Macaulay, Bagehot y Comte, y en una segunda, en la influencia de Spengler. La extraordinaria coherencia y elegante simplicidad del argumento elaborado por Edwards son engañosos. Me parece que Góngora, a partir de su propia elaboración teórica, ha penetrado hondamente en el sentido de su labor historiográfica y ha percibido la articulada trama conceptual sobre la que reposa. Este trabajo considera la obra teórica de Edwards en su conjunto y supone que ella expresa una intención matriz que determina la unidad y continuidad de su proyecto. Edwards, en su rol como portavoz y a la vez crítico de la aristocracia chilena, percibe su declinación política, busca la causa del mal que la aqueja y aconseja la prescripción salvadora. En último término, la causa de la decadencia política de la aristocracia se encuentra en su capitulación ideológica frente al liberalismo chileno, un liberalismo que en general ha tendido a comprometerse con la democracia. Su hegemonía ideológica se manifiesta políticamente con la imposición de un régimen parlamentario y un debilitamiento de la autonomía estatal. Esto ha contribuido a un relajamiento de la disciplina social en la clase dominante y ha abierto peligrosos canales de expresión democrática a las clases subordinadas. El liberalismo chileno tiene poco que ver con el liberalismo clásico europeo. Edwards cree que es un error pensar que "las ideas de los apóstoles y precursores del liberalismo chileno fueron el simple reflejo de las ideas de los filósofos y publicistas del pasado siglo". Por el contrario, "examinando de cerca unas y otras doctrinas, se descubre pronto que los sistemas europeos sufrieron en la mente de nuestros reformadores políticos transformaciones substanciales".⁷ Así, por ejemplo, Lastarria, "lector de Comte", percibe solamente su tendencia democrática, pero filtra el hecho de que Comte sea "partidario de la democracia bajo un dictador".⁸ El liberalismo chileno conlleva un ingrediente democrático que es necesario eliminar. Igualmente, la versión chilena del parlamentarismo nada tiene que ver con el sistema parlamentario inglés, el cual concentra en el gabinete ministerial poderes ejecutivos casi absolutos. El gran error de la aristocracia en 1891 fue desembarazarse del Ejecutivo poderoso que la república había heredado de Portales. Se

⁷ Alberto Edwards, *El gobierno de don Manuel Montt. 1851-1861* (Santiago: Nascimento, 1932), p. 238.

⁸ *Ibidem*, p. 238.

equivoca al pensar que con ello favorecía sus intereses sociales. Por el contrario, Edwards estima que un Estado fuerte, autoritario, pero no oligárquico, es la mejor defensa de los intereses aristocráticos y expresa su propia convicción cuando afirma que "para los estadistas conservadores (...) el ideal era un absolutismo superior a la sociedad, y a unaloselementos que le daban fuerza".⁹

Esta continuidad en la polémica que Edwards sostiene contra el liberalismo en su afirmación de la idea de autoridad no es incompatible con una evolución en su manera de ver las cosas, que implica, a su vez, una fuerte revisión de sus compromisos políticos. Esto es natural en una actividad política y literaria que se extiende por lo menos desde 1903, fecha de su primera publicación importante, hasta su muerte, en 1932. Distingo así dos etapas en la evolución de su pensamiento. La primera se define por una búsqueda de la forma política que mejor exprese y contribuya a la consolidación del predominio social de la aristocracia. En Chile ese predominio supone el desarrollo sin trabas de la actividad comercial. Ahora bien, Edwards determina que la forma política de una sociedad mercantil libre implica un reforzamiento de la autoridad estatal. Ello se ha logrado por medio de la dictadura legal de los presidentes, representada en su mejor forma por Prieto, Bulnes y Montt, aunque Edwards también apoya la idea de un parlamentarismo a la inglesa, es decir, encabezado por un Gabinete fuerte. El pensamiento que lo guía se funda en el ideario conservador-liberal de una serie de pensadores que intentan una análoga síntesis de las nociones de libertad y orden.

La segunda etapa involucra una radicalización de su postura. Edwards observa con aprensión cómo en 1920 el potencial democrático del parlamentarismo se actualiza al permitir el acceso de la clase media al poder político. La entrada de los militares a la escena política en 1924 le demuestra que el desafío de las clases subordinadas que ahora ascienden tendrán que contrarrestarse con una dictadura de nuevo cuño. En 1927, cuando asume el poder supremo el Coronel Ibáñez, Edwards no busca ya insertar este experimento político en la tradición chilena. Esta estaba determinada fundamentalmente por lo que Edwards denomina la fuerza "espiritual" de la aristocracia. Pero el liberalismo democrático ha socavado esa fuerza espiritual y es causa de la decadencia aristocrática y de su pérdida de legitimidad. El "gran servicio" que presta Ibáñez es "la reconstrucción radical del hecho de la autoridad".¹⁰ El reconocimiento del puro "hecho de la autoridad" es necesario en vista de la carencia del apoyo que ha brindado tradicionalmente la

⁹Ibíd., p. 403.

¹⁰Edwards, *La fronda aristocrática*, p. 279.

única agencia social que Edwards considera legítima: la aristocracia. Este giro hacia la pura política, esta afirmación revolucionaria de la facticidad, debe interpretarse como elemento integral del pensamiento conservador de Edwards. La liquidación del dominio oligárquico revela la extinción de la fuerza espiritual aristocrática. Invasado por un temple de ánimo pesimista, acepta el rol de los militares como único medio para evitar la anarquía y el vacío moral. Edwards no vacila frente al giro que adquiere su argumentación que ahora auspicia no la legitimidad sino la dictadura.¹¹ La lectura del libro de Spengler, *La decadencia de Occidente*, es determinante en este giro. Si su aplicación de las categorías spenglerianas al caso chileno es a-sistemática y no mecánica,¹² ello se debe a que el conservantismo es un fenómeno esencialmente nacional y, por lo tanto, difícilmente transferible.

Este ensayo se divide en cuatro secciones. En las dos primeras concentro la atención en aquellos aspectos biográficos que subyacen a la evolución del pensamiento de Edwards. Evidentemente, cuando se habla de evolución de un pensamiento no es posible ignorar la situación histórica que marca sus puntos de flexión. Un pensamiento político, particularmente si porta, como es el caso de Edwards, un marcado sello conservador, liga estrechamente su aspecto más teórico al momento histórico de su realización. Edwards, por lo demás, se identifica claramente con la vida y destino de la aristocracia chilena de comienzos del siglo XX, por lo que resulta natural que la evolución de esta última marque también una evolución en su propia vida y reflexión histórica. Las dos últimas secciones de este trabajo examinan propiamente el pensamiento conservador de Edwards, es decir, la conceptualización que subyace a su elaboración historiográfica. No hay en Edwards una reflexión de tipo metodológico o epistemológico que fundamente de manera filosófica su conservantismo y la evolución que experimenta. Pero a través de la trama historiográfica que expone se pueden entrever tanto la arquitectura conceptual que Edwards comparte con los pensadores conservadores europeos que ha leído como su intento de transferir sus argumentos a las circunstancias chilenas. Las dos etapas biográficas que he distinguido corresponden así a dos monumentos del pensamiento conservador europeo: el conservantismo liberal de Burke, Constant y Tocqueville, y el conservantismo revolucionario de Spengler y Schmitt.

¹¹Cf. Carl Schmitt, *Politische Theologie* (Munich y Leipzig: Duncker & Humblot, 1934), p. 83.

¹²Cf. Cristian Gazmuri, "La influencia de O. Spengler en el pensamiento histórico de Alberto Edwards V.", *Perspectiva de Alberto Edwards V.*, edit. por María Ignacia Alamos *et al.* (Santiago: Aconcagua, 1976), p. 71.

1. Edwards y la república parlamentaria

El suceso que marca la juventud de Alberto Edwards es la guerra civil de 1891. Tiene 16 años cuando con su primo Agustín Edwards McClure, de 13 años, edita un panfleto clandestino, *La buena causa*, en favor del movimiento antibalmacedista. Posiblemente la actuación decisiva del padre de su primo, Agustín Edwards Ross, miembro del Partido Nacional y líder en la campaña revolucionaria contra Balmaceda, lo induce a participar en la vida política desde temprana edad. Lo hace como miembro del Partido Nacional. Este partido, fundado en 1857 por los partidarios de Montt y Varas, representa una línea política que propicia una irrestricta libertad de comercio y, a la vez, un Estado autoritario que limita severamente las libertades políticas. Loveman llama a los nacionales "conservadores seculares", por oposición a los conservadores ultramontanos.¹³ En consonancia con su lema "libertad dentro del Orden", defienden esa síntesis de ideas liberales y conservadoras que en Francia representa el liberalismo doctrinario de Constant, Royer-Collard y más tarde Tocqueville. Edwards y los doctrinarios franceses comparten una gran admiración por Burke, para quien la única libertad posible es "una libertad que esté unida al orden, que no sólo exista a la par que el orden y la virtud, sino que de ninguna manera exista sin ellos".¹⁴ Es también Burke quien afirma en una carta a un corresponsal francés: "*Je suis Royaliste, mais Royaliste raisonne. Je ne suis pas fanatique pour les Rois*".¹⁵

La fórmula política que adopta Edwards para evitar los faccionalismos sociales favorece la combinación de una sociedad civil liberal, que permita una irrestricta libertad de comercio y un Estado conservador autoritario, que asuma la totalidad del poder político. La existencia de un Estado fuerte no implica, en absoluto, su intervención en la esfera económica. Edwards certifica el fracaso de la intervención estatal cuando intenta regular los intereses privados. Concuere con Courcelle Seneuil, quien durante la crisis de 1861 rechazara las "medidas artificiales" que se intentaban aplicar, "demostrando en forma clara y sin réplica que las verdaderas causas del desastre económico

¹³Brian Loveman, *Chile. The Legacy of Hispanic Capitalism* (Nueva York: Oxford University Press, 1979), p. 182.

¹⁴Edmund Burke, "Speech at His Arrival at Bristol before the Election in that City (1774)", *Burke's Speeches and Letters on American Affairs* (Londres: Dent, 1931), p. 66.

¹⁵Edmund Burke, "To Monsieur de Sandouville, 13 Oct. 1792", *The Correspondance of Edmund Burke*, vol. VIII, ed. por J. Marshall y J. A. Woods (Cambridge: Cambridge University Press, 1968), p. 263.

escapaban a la acción de los poderes públicos, y no podían ser remediadas con expedientes artificiosos".¹⁶ La realización concreta de la fórmula política propuesta por Edwards es el gobierno inglés. Describe, por ejemplo, en los siguientes términos el ministerio de Canning de 1827: "aristocrático y conservador en ciertos aspectos, pero liberal y progresista en otros".¹⁷ Es esta misma síntesis de liberalismo y conservatismo, es decir, un Estado fuerte para proteger el libre comercio, la que determina su interpretación del régimen que se instaura a partir de la reacción pelucona de 1829. "Si se estudia atentamente el movimiento de ideas, en aquellas primeras horas de la reacción de 1829, es fácil darse cuenta de que en el peluconismo de entonces existía ya en germen no sólo el espíritu ultraconservador y autoritario que representaron más tarde Egaña, Tocomal y Montt, sino también las aspiraciones al progreso político dentro del orden, en una palabra el liberalismo nuevo".¹⁸ Pero Edwards también tiene familiaridad con los teóricos que elaboran este modelo conservador-liberal. Demuestra, por ejemplo, poseer un conocimiento muy preciso de la concepción política de Constant. En oposición a Lastarria, quien lo ve como un liberal demócrata, Edwards piensa que Constant es "liberal individualista y parlamentario, pero monárquico, partidario de una Cámara Alta y del sufragio restringido". El error de Lastarria es que "extrajo de [Constant] lo que en él había de desconfianza hacia el poder absoluto y hacia el Estado en general, pero no su espíritu aristocrático, censitario y realista".¹⁹

Al término de la guerra civil los grandes ganadores, en términos estrictamente políticos, son los conservadores ultramontanos y aquellos liberales opuestos al autoritarismo presidencial. Un nuevo régimen, que concentra el poder político en el parlamento en desmedro del poder antes sustentado por los presidentes, queda firmemente establecido. Lo que se derrumba es la dictadura legal de los presidentes, instaurada por Portales. Las ganancias de los nacionales son ambiguas, puesto que ha sido el modelo político sustentado por el Partido Nacional el que ahora se encuentra en bancarrota. Los conservadores, que aparecen como los principales vencedores, no tienen nada que ver con los viejos conservadores que triunfan en Lircay y gobiernan con Prieto, Bulnes y Montt. Los nuevos conservadores son ultramontanos

¹⁶ Edwards, *El gobierno de don Manuel Montt*, p. 375.

¹⁷ Alberto Edwards, *La organización política de Chile* (Santiago: del Pacífico, 1943), p. 118.

¹⁸ *Ibidem*, p. 103.

¹⁹ Edwards, *El gobierno de don Manuel Montt*, p. 238.

que han intentado diluir el poder absoluto de los presidentes. Su programa incluye el establecimiento de la comuna autónoma, una forma de corporativismo entroncada con la *thèse nobiliaire*.²⁰ Pero más importante es la traducción política que hacen de esta tesis social. Los conservadores buscan la dominación del Ejecutivo por parte del Parlamento. Su triunfo significa la exacta contramoneda del régimen balmacedista. Este intentaba reformas democrático-sociales desde arriba, es decir, desde un Estado poderoso que se apartaba del incipiente desarrollo democrático político de los últimos años. El movimiento conservador, triunfante el 91, perfecciona la democracia política en Chile sólo para sacrificar los notorios avances democráticos-sociales del balmacedismo. Balmaceda había asumido la totalidad del ideario político portaliano, es decir, un gobierno fuerte y autoritario, para imponer desde allí su particular visión de desarrollo social y económico para Chile. El pensamiento de Alberto Edwards se origina a partir de la ambigüedad que encarna la acción del Partido Nacional en esta encrucijada histórica.

Edwards publica su *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos* en 1903. Su punto de partida es precisamente su conciencia de que los revolucionarios del 91, junto con desbaratar el proyecto socioeconómico de Balmaceda, han puesto fin a la dictadura legal portaliana. El *Bosquejo* no es un estudio puramente teórico de la estructura partidaria chilena ni un catastro empírico de los partidos existentes a la fecha. Mediante un análisis crítico-histórico explora, más allá de los programas o idearios contingentes, el origen del parlametarismo en Chile. Una intención fundamental determina toda la producción de Edwards en este primer período. Busca la reforma del régimen parlamentario tal como se manifiesta en Chile a partir de 1891. Esta reforma, para ser realista, tiene que tomar en cuenta la estructura de los partidos políticos chilenos. Lo que intenta concretamente es una reforma en la estructura y actividad de la vida partidista. Lo que hace falta, escribe Edwards, son "partidos poderosos, para la formación de los cuales sería necesaria o la definitiva disolución de los que ahora existen, o la fusión de varios de ellos en dos o tres grandes agrupaciones".²¹ Pero al concluir su argumento en el *Bosquejo* muestra sus objetivos políticos en toda su amplitud. Más allá de la formación de partidos poderosos, Edwards aspira a la formación de un Estado fuerte en cuyo ápice se encuentre un presidente poderoso, secundado por un partido disciplinado que canalice y exprese los intereses sociales

²⁰Cf. Renato Cristi y Carlos Ruiz, "Pensamiento Conservador en Chile (1903-1974)", *Revista Opciones*, 9 (1986), p. 122.

²¹Alberto Edwards, *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos* (Santiago: del Pacífico, 1976), p. 10.

dominantes. El objetivo básico que guía la obra de Edwards es una radical reforma política del régimen imperante en Chile.

En 1903, cuando Edwards publica el *Bosquejo*, Germán Riesco ocupa la presidencia. Durante su mandato se hace evidente la paralización gubernativa que significó el régimen parlamentario en la versión chilena. Gonzalo Vial, un historiador contemporáneo de tendencia conservadora-liberal análogo a la de Edwards, piensa que con Riesco "[t]odos los vicios del parlamentarismo se agudizaron hasta el frenesí... [L]a gama íntegra de fallas que hemos visto apuntar bajo Montt y Errázuriz... se volvió ahora un torrente inatajable".²² Riesco, por ejemplo, tiene 17 ministerios, producto del malabarismo estéril de las facciones políticas. Esto haría, por fuerza, difícilísimo el logro de tareas políticas substantivas. A los presidentes "se les había quitado el poder, mas se les responsabilizaba por no usarlo".²³ Edwards, por su parte, describe en los siguientes términos el estado de ánimo de los chilenos en 1905: "Fatigada la opinión de una política de timideces e indecisiones, de anarquía y desorden... buscó en el señor [Pedro] Montt un contraste, un carácter, un hombre".²⁴ Pedro Montt, líder del Partido Nacional, encarnaba, para sus adherentes, la tradición autoritaria de Manuel Montt, su padre. Un destello de esperanza brilla a los ojos de Edwards: "En 1905 éramos más felices que hoy: entonces creíamos en un hombre; ahora ya no creemos en ninguno".²⁵ A los pocos meses, sin embargo, el sistema parlamentario se encarga de "embotellar"²⁶ la gestión de Montt. Es interesante notar que Edwards descubre una falla en el equipamiento ideológico de Montt: su fe ciega, dogmática y unilateral en un liberalismo democrático y antiestatista. En el origen de todo esto está la tarea de los ideólogos en las universidades. Según Edwards, "la Universidad de Chile, o, más propiamente, el curso de Derecho, estaba entregada por completo a la autoridad de los ideólogos".²⁷ En tal escuela de pensamiento se había formado Montt. Su credo ideológico sostenía "la soberanía del pueblo, los derechos inalienables del hombre, el

²²Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973), II Triunfo y decadencia de la oligarquía (1891-1920)* (Santiago: Santillana del Pacífico, 1982), p. 321.

²³Ibíd., p. 320.

²⁴Alberto Edwards, "Siete años de recuerdos políticos", *El Mercurio*, 13 de agosto, 1912.

²⁵Ibíd., 13 de agosto, 1912.

²⁶Ibíd., 26 de agosto, 1912.

²⁷Ibíd., 13 de agosto, 1912.

respeto absoluto de las iniciativas individuales, la ineficacia y malignidad de la acción pública". Edwards contrapone a esto su profesión de fe conservadora, que no se basa "sobre el cimiento hartamente deleznable de la razón pura", sino que toma en cuenta "las enseñanzas positivas de la experiencia (...) el arte de las oportunidades (...) las exigencias de los diversos medios sociales".²⁸

Toda la producción historiográfica de Edwards en este primer período tiene idéntico objetivo. *La organización política de Chile*, que reúne ensayos publicados entre 1913 y 1914, estudia la fundación del partido pelucón. Este es el partido que auténticamente representa el autoritarismo de Portales que introduce en Chile lo que Edwards llama "la dictadura legal" de los presidentes. El Gobierno de don Manuel Montt explora, en cambio, las causas de la división del partido pelucón durante el gobierno de Montt. La génesis de la estructura partidaria que sofoca y paraliza la vida política de 1903 se remonta a 1857. En esa fecha el auténtico espíritu conservador comienza a diluirse y el liberalismo político, que intenta desbaratar la autoridad presidencial, levanta cabeza. El Partido Nacional, es decir, el montt-varismo, es el auténtico heredero de ese espíritu conservador. En suma, la producción de Edwards a lo largo de toda esta primera época es uniforme en cuanto a su intención básica. No es necesario examinar separadamente las obras mencionadas.

La entronización del régimen parlamentario ha traído consigo la paralización gubernativa y el interminable juego partidista. Este es, sin embargo, sólo un síntoma de superficie que requiere un análisis más profundo. Las causas de la esterilidad política tienen una raíz social. Edwards fija su atención en el rol de la aristocracia, que a sus ojos es el agente social más importante. Siente por ella una profunda admiración. El Estado chileno se funda en el apoyo que ésta le brinda. Sin embargo, esta aristocracia sólo puede ser su apoyo, su base material fundante. Sobre ella debe erigirse un Estado independiente que la someta, discipline y cohesione. Edwards lamenta que en el período pos Balmaceda la aristocracia haya devenido oligarquía. Como tal, ha eliminado la autonomía del Estado cuya función es precisamente evitar su desintegración como clase social: "No es lo mismo constituir la fuerza moral, apoyo de un gobierno, que gobernar. La oligarquía era capaz de lo primero, pero probablemente no de lo segundo. Necesitaba un punto de apoyo, un núcleo de cohesión colocado sobre ella misma; en una palabra, un poder que la dirigiera y encauzara, aun cuando de ella tomara su fuerza".²⁹

²⁸Ibíd., 13 de agosto, 1912.

²⁹Edwards, *La organización política de Chile*, p. 115.

Una aristocracia no sometida a un poder superior pierde la posibilidad de ser dirigida desde arriba y tenderá a dividirse en faccionalismos estériles.

El discurso que pronuncia Edwards en la Convención del Partido Nacional en 1910 tiende a confirmar el objetivo básico que le atribuyo. Se trata de un discurso sorprendentemente teórico, si se toma en cuenta la ocasión en que fue presentado. Es, en verdad, una bien articulada defensa del parlamentarismo inglés, que nada tiene que ver, según Edwards, con el régimen parlamentario practicado en Chile: "(•••) El régimen parlamentario, [es] por desgracia hasta hoy en Chile mal comprendido y peor practicado".³⁰ Edwards rechaza al cesarismo como históricamente sobrepasado. César descubrió una gran idea: el poder absoluto para quienes gobiernen. Pero, reconoce Edwards, "la época del cesarismo ha pasado".³¹ Su argumento de fondo es una refutación de la idea de Montesquieu acerca de la separación de poderes. El poder político debe monopolizarse en manos del Parlamento, un Parlamento, sin embargo, a la inglesa, es decir, que concentre el más absoluto de los poderes en el Gabinete.³² El Parlamento como tal no tiene poder ejecutivo, y también pierde en gran medida su poder legislativo: "Inglaterra (...) ha consolidado enérgicamente la autoridad de los Gabinetes, y el Parlamento no sólo carece de toda intervención administrativa, sino que ha perdido también el ejercicio libre de sus facultades legislativas y fiscalizadoras".³³ En Chile, en cambio, "las Cámaras conservan íntegro el poder legislativo (...)". Y de aquí que el poder de los Gabinetes sufra de tantas limitaciones y se muestren incapaces de una acción efectiva de gobierno. "Los Gabinetes se encuentran maniatados..." Y esto resulta anatema para Edwards, para quien "el absolutismo es una necesidad".³⁴ La fórmula política salvadora es, según Edwards, la dictadura legal de la mayoría parlamentaria con respeto formal a la acción fiscalizadora de la minoría.

La solución que propone Edwards es una política conservadora-liberal que guarda una gran semejanza a las propuestas políticas de los doctrinarios en Francia. Se trata, en definitiva, de construir un Estado que sirva los intereses de la aristocracia. La revolución del 91 demostró con claridad la profunda división en las clases dominantes. Es, sin duda, una aristocracia

³⁰ Alberto Edwards, "Discurso", *Convención del Partido Nacional* (1910), p. 46.

³¹ *Ibídem*, p. 46.

³² *Ibídem*, p. 48.

³³ *Ibídem*, p. 48. Cf. Luis Diez del Corral, *El liberalismo doctrinario* (Madrid: Instituto de Estudios Públicos, 1973), p. 120.

³⁴ *Ibídem*, pp. 48-49.

moderna con intereses económicos conflictivos. Ahora bien, estos inevitables conflictos, que configuran la clave del dinamismo propio de la sociedad civil, son inofensivos si no desbordan la esfera social. Cuando Edwards considera a la aristocracia como un todo social, ella aparece perfectamente integrada, homogénea y solidaria consigo misma. Sólo cuando se sale de este cauce social y asume un papel político los conflictos internos trizan su unidad externa. Un Estado autoritario, al concentrar el juego político en sus manos, le rinde el máximo servicio a la aristocracia. En 1830 Portales desbarata las pretensiones oligárquicas de la aristocracia e instala una dictadura constitucional. Con ello se consolida el poder social integrado de esa aristocracia y permite una concurrencia no politizada. En 1891 los conservadores ultramontanos y sus aliados desencadenan el drama de esa misma aristocracia al conquistar la cima del poder político. Las estériles luchas políticas que entraban fatalmente al gobierno presagian la desintegración social de la aristocracia. El autoritarismo de Edwards está templado en esta primera época por esa inquebrantable fe aristocrática. No aparece todavía el pesimismo, el escepticismo que marca la segunda época, cuando su fe en la aristocracia chilena como tal se someta a una prueba devastadora.

El argumento que elabora Edwards en contra del régimen de gobierno parlamentario es histórico. Busca esencialmente demostrar que éste no se aviene con la tradición chilena, una tradición que se remonta más allá de su Independencia hasta alcanzar el régimen colonial mismo. Se pueden distinguir dos aspectos en la estructura de su argumento. Por una parte, buscará en la Historia de Chile una línea de continuidad que afirme la noción de autoridad. Desde la Colonia hasta Balmaceda la autoridad estatal se ha centralizado en manos de un Ejecutivo fuerte. Con Portales, piensa Edwards, esa autoridad se ha despersonalizado en buena parte, y un Estado de derecho, en el que impera *Lex* y no *Rex*, se ha impuesto. Todos los presidentes chilenos, en mayor o menor grado, han dispuesto de una dosis de autoridad muy grande, aunque en algunos casos no hayan hecho manifiesta esa autoridad. Balmaceda, en esta interpretación, ha sido un Presidente autoritario en la tradición chilena, pero ha saltado por encima de los márgenes constitucionales. Al violar el Estado de derecho, ha roto la continuidad autoritaria fundada por Portales. Por otra parte, Edwards fija su mirada en los momentos en que esa continuidad se ha interrumpido. Estos son períodos escasos en los que afloran la anarquía y el desgobierno. Anarquía es lo que caracteriza el período parlamentarista. Que rija un Estado de derecho no es suficiente. La soberanía no puede residir en entidades abstractas como la Constitución o la nación. Debe encarnarse en una persona que concentre las decisiones políticas últimas. Ahora bien, en su oposición a los gobiernos autoritarios, par-

ticularmente en su oposición a Portales, los liberales en Chile son, en último análisis, quienes determinan el régimen parlamentario. Esto hace que la obra de Edwards no sea mera historiografía, pues más allá de su ataque al régimen parlamentario elabora una aguda crítica al liberalismo que sostiene tal régimen. No se opone Edwards al liberalismo clásico, es decir, el liberalismo económico y social. Pero sí se opone a la particular tendencia que el liberalismo ha adoptado en Chile: un liberalismo romántico, en parte teñido de ideas democráticas y, en parte, de ideas feudales. El liberalismo de Edwards, en cambio, es un liberalismo *tory*, y como tal no es en absoluto incompatible con una fuerte dosis de monarquismo, es decir, con la *thèse royaliste*.

A continuación examino las líneas generales de la lectura hecha por Edwards del desarrollo histórico chileno desde la Independencia hasta la instauración del régimen portaliano. En la interpretación de este período se despliega la matriz conceptual que marcará esta primera época de su obra. Su pensamiento político viene precedido y se funda en una concepción social. Este análisis muestra su prosapia conservadora en tanto que se orienta en una dirección muy precisa: no cuestiona en ningún momento el rol decisivo y prominente de la aristocracia chilena. El juego político de los partidos y de las personalidades más fuertes se explica por su relación instrumental a los designios fundamentales de esa clase. Aunque estamos en las antípodas de un pensamiento como el marxista, su análisis histórico tiene un resabio materialista. Esto no debería causar sorpresa ya que el materialismo histórico es una deuda que Marx tiene con los economistas ingleses del siglo XVIII, una deuda que Edwards comparte. Preludia así Edwards su estudio de la institucionalidad política en Chile por un análisis social del rol de la aristocracia al momento de la Independencia.

Cuando Chile se independiza de España, en 1810, la clase alta domina sin contrapesos. Edwards la percibe como poseyendo gran homogeneidad. "La clase dirigente fue una, y ya en 1810 formaba, por decirlo así, una sola familia".³⁵ Esta misma homogeneidad asegura su hegemonía sobre el resto de la sociedad. La aristocracia no es ni podía ser desafiada por otras clases. En Chile no existe "otra clase social capaz de equilibrar, siquiera remotamente, el poder de la aristocracia".³⁶ El origen de esta hegemonía aristocrática hay que buscarlo en la fusión, ya antes de 1810, de la antigua nobleza conquistadora y la nueva aristocracia mercantil de origen vasco y navarro. Para Edwards, tal hegemonía y la correspondiente "sumisión incondicional

³⁵Edwards, *La organización política de Chile*, p. 37.

³⁶Ibíd., p. 38.

del pueblo, constituyen el rasgo más característico y constante de nuestra vida nacional".³⁷ La debilidad hegemónica de la aristocracia europea explica la explosión revolucionaria en ese continente. "Las revoluciones de 1789 y 1848, escribe Edwards, tuvieron su origen en la lucha por el predominio sobre las nuevas clases medias o burguesas y la antigua nobleza".³⁸ En Chile, en cambio, la "nobleza conquistadora y militar" del período colonial "no pudo evitar ser absorbida por elementos más nuevos", es decir, "la clase media rica y laboriosa".³⁹

Al momento de la Independencia, la fuerza social de la aristocracia, por homogénea e integrada que fuese, no podía por sí sola mantener su hegemonía. Necesitaba de instituciones que consolidaran y canalizaran esa fuerza. Era necesario, por tanto, que se constituyera en poder político, en "fuerza de gobierno".⁴⁰ Fue una tarea que O'Higgins no logró realizar. Edwards no comparte la opinión de Miguel Luis Amunátegui, un crítico liberal que publica en 1853 un estudio en el que O'Higgins es presentado como un déspota. Prefiere la versión de Diego Barros Arana, que difiere de la ortodoxia liberal e interpreta a O'Higgins como un reformador de buenas intenciones, pero atolondrado y autoritario.⁴¹ Su error, según Edwards, fue su incapacidad para adaptarse a los verdaderos intereses de la aristocracia. No fue capaz de "agruparla a su alrededor, ni organizarla en forma que pudiera servir de apoyo sólido a su gobierno".⁴² Así, en enero de 1823, esta aristocracia lo "arrojaba como a un instrumento que ya no presta los servicios que de él se han esperado o exigido".⁴³

A la caída de O'Higgins, los aristócratas que triunfan, si bien "dominaban socialmente en el país, no estaban aún organizados como poder político". Edwards esboza ya a esta altura su noción de la incapacidad política de la aristocracia, de su impotencia oligárquica. Las "clases conservadoras" no son aptas para la función gubernativa; en sí mismas "constituyen una excelente materia prima" que sólo "un hombre eminente o una institución o en el mejor

³⁷Ibídem, p. 41.

³⁸Ibídem, p. 38.

³⁹Ibídem, p. 39.

⁴⁰Ibídem, p. 49.

⁴¹Cf. Gertrude Matyoka Yeager, *Barros Arana's Historia General de Chile: Politics, History and National Identity* (Fort Worth: Texas Christian University Press, 1981), pp. 122-123.

⁴²Edwards, *La organización política de Chile*, p. 55.

⁴³Ibídem, p. 57.

de los casos (...) una fuerza moral poderosa (...) podrá organizar o moldear".⁴⁴ Este período es visto por Edwards como una época fluctuante, de "espontánea anarquía", y movida por "el deseo de establecer un régimen constitucional".⁴⁵ Lo que se busca, en verdad, es reemplazar la soberanía personal de un dictador por la soberanía impersonal de una constitución. Pero el curso histórico va a indicar que la falta de un liderazgo efectivo por parte de una cabeza política va a impedir que una institucionalidad estable armonice las divergencias que comienzan a notarse en el seno de la aristocracia. Edwards no puede dejar de ver que ésta es fundamentalmente homogénea. Nota "la similitud de intereses y tendencias, los lazos de parentesco" que estrechan "espontáneamente a las clases conservadoras".⁴⁶ Sin embargo, se empiezan a delinear dos claras tendencias divergentes "cuya lucha formó por largos años la esencia de nuestra historia política". Estas representan, por una parte, "el espíritu conservador y tradicionalista", y por otra parte, "el ideal revolucionario y democrático".⁴⁷ La facción liberal-democrática se reunió en torno a este último ideal.

La facción liberal buscaba esencialmente un gobierno constitucional, es decir, uno limitado por la ley y respetuoso de la libertad individual.⁴⁸ Inicialmente en su reacción a la dictadura de O'Higgins, la aristocracia en su totalidad adoptó una postura liberal. Pero esto no duró mucho tiempo. El debilitamiento de la autoridad ejecutiva pronto dio cabida a una intensa lucha faccional. La aristocracia se dividió entre pelucones y pipiños. El peluconismo reunió a los grandes propietarios de la tierra, a los estancieros y a los restos del o'higginismo. La base social de los segundos era aquel sector aristocrático compuesto de "espíritus inquietos y sin consistencia, tribunos y conspiradores, ideólogos los unos, simples ambiciosos los más",⁴⁹ es decir, los intelectuales. Movidos por un utopismo libertario, éstos tenían "una fe ciega en la virtud de las leyes escritas",⁵⁰ lo que dio lugar a una serie de ensayos constitucionales que aceleraron el desorden y la confusión. Es interesante notar que Edwards tiene conciencia de la novedad del análisis social sobre el que intenta fundar su estudio histórico. Los historiadores de este período, nos

⁴⁴Ibíd., p. 59.

⁴⁵Ibíd., pp. 62-63.

⁴⁶Ibíd., p. 60.

⁴⁷Ibíd., p. 62.

⁴⁸Cf. Collier, *Ideas and Politics of Chilean Independence*, p. 304.

⁴⁹Edwards, *La organización política de Chile*, p. 62.

⁵⁰Ibíd., p. 64.

dice, "han descuidado casi por completo el examen de la estructura social de la época, y han omitido un análisis de los elementos que entraron en juego".⁵¹

El 4 de octubre de 1829 estalla la reacción pelucona en Concepción. En estos momentos de gran agitación se alza la figura de Portales que aúna las fuerzas conservadoras. Los pelucones triunfan en Lircay en 1830 e imponen un régimen autoritario. No se trata, sin embargo, de una dictadura personalista y arbitraria como fue la de O'Higgins. La Constitución que se dicta en 1833 establece la dictadura legal de los presidentes. A la autoridad sin ley de O'Higgins le había sucedido la ley sin autoridad de la era pipiíola. Una lógica inscrita en las cosas mismas demandaba la síntesis de autoridad y ley. En esta lógica se fundó la aspiración suprapartidista que encabezó Portales. En ningún caso desecha Portales el ideario liberal en favor de uno ultraconservador y autoritario. Edwards concibe la obra de Portales como una síntesis liberal-conservadora.⁵²

El régimen conservador-liberal que funda Portales se caracteriza por su extraordinaria estabilidad. Sólo a fines del gobierno de Montt, casi treinta años después de haberse inaugurado ese régimen, presenta la primera trizadura. Esa estabilidad está fundada en dos elementos. En primer lugar, está el apoyo que le brinda al gobierno la aristocracia. La homogeneidad social de la aristocracia no se altera en la era de los pipiíolos. La resistencia con que enfrentó a la dictadura de corte republicano de O'Higgins hizo pensar equivocadamente que la aristocracia era liberal y cerradamente antiautoritaria. Pero Edwards percibe una duplicidad en sus aspiraciones. Defiende un régimen de libertad de comercio, pero un orden social estricto debe garantizar que esta libertad quede contenida en ciertos límites. Así, en el peluconismo de entonces germina "no sólo el espíritu ultraconservador y autoritario que representaron más tarde Egaña, Tocornal y Montt, sino también las aspiraciones al progreso político dentro del orden: en una palabra, el liberalismo nuevo".⁵³ Precisamente este "liberalismo nuevo" es la síntesis de elementos liberales y conservadores que encarna la aristocracia chilena. No busca Edwards la base económica que permite este compromiso. Basta con notar cómo se anudan ideológicamente intereses que por el momento confluyen y fundan la estabilidad del régimen. Más adelante interpretaré el régimen de Montt según este mismo prisma. Pero si es "autoritario y ultraconservador en

⁵¹Ibíd., p. 62.

⁵²Ibíd., p. 103.

⁵³Ibíd., p. 103.

política", Edwards lo ve también como "liberal cuando se trataba de problemas del orden civil y económico".⁵⁴

En segundo lugar, el régimen político que se funda en el apoyo social que le presta una aristocracia unida, recíprocamente apoya y sostiene la integración de esa misma clase. El genio de Portales, según Edwards, está en percibir esta reciprocidad en las relaciones entre sociedad y Estado. "Por una intuición maravillosa comprendió, acaso sin darse él mismo exacta cuenta, cuál era la necesidad suprema de la situación, esto es, dar al gobierno fundamento social, ligarlo con los intereses de la sociedad, a quien defendía y que a su vez debía defenderlo, agrupar las fuerzas sociales en torno de un poder vigoroso capaz de dirigir los propósitos contradictorios y de refrenar *las ambiciones impacientes*".⁵⁵

2. Edwards y la dictadura de Ibáñez

En 1927, cuando Edwards publica en *El Mercurio* los ensayos que darán origen a *La fronda aristocrática*, profundos cambios han alterado la faz social y política de Chile. Estos cambios se expresan cabalmente sólo a partir de 1920, al asumir Arturo Alessandri la presidencia. Para Edwards esos cambios se anunciaban ya algunos años antes. La elección parlamentaria de marzo de 1915, en la que destaca la campaña electoral de Alessandri en Tarapacá, produce un casi imperceptible avance de la izquierda. El progreso del movimiento antioligárquico se confirma en las elecciones de 1918. A los ojos de Edwards, "el fin del antiguo orden de cosas era inevitable" e interpreta el triunfo electoral de la Alianza Liberal, liderada por Alessandri, como el agotamiento del "fundamento espiritual" que sostenía el régimen oligárquico, esto es, "la obediencia pasiva y resignada del país ante los representantes tradicionales de los viejos círculos oligárquicos".⁵⁶ El conservantismo de Edwards, que en una primera época tenía como objetivo la reforma del régimen parlamentario en vistas de reforzar el poder presidencial, experimenta un cambio en esta segunda etapa. Se enfrenta ahora con una fuerza social concreta que hace peligrar la existencia del sistema político tradicional en su totalidad. La "revuelta del electorado" se anuncia como una nueva época de "revoluciones trascendentales, de movimientos enérgicos, decisivos y sin

⁵⁴ Edwards, *El gobierno de don Manuel Montt*, pp. 11-12.

⁵⁵ Edwards, *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*, pp. 31-32.

⁵⁶ Edwards, *La fronda aristocrática*, p. 221.

matices".⁵⁷ La lucha política no se da entre facciones al interior de un grupo dominante socialmente homogéneo, sino que trasciende los límites del círculo oligárquico y adquiere la forma de una verdadera "lucha de clases".⁵⁸ El conservantismo de Edwards en esta segunda etapa asume la derrota de la oligarquía chilena. Pero esa derrota marca también, a los ojos de Edwards, la extenuación de la cultura aristocrática chilena. En la primera etapa de su pensamiento, Edwards conserva intacta su fe en el quilate moral de la aristocracia. Pero ahora el derrumbe oligárquico ha dejado a la vista la erosión moral de esa aristocracia. El conservantismo en esta segunda etapa arremete no sólo contra el advenimiento de las clases subordinadas, sino también contra el sistema de ideas que ha envenenado la fibra moral aristocrática: el liberalismo como tal.

La lectura del libro de Spengler, *La decadencia de Occidente*, marca decisivamente el giro de su orientación conservadora. Su estado de ánimo pesimista se confirma, a la vez que se cohesiona y se radicaliza su pensamiento político. Cristian Gazmuri ha estudiado detalladamente la influencia que tiene Spengler en la articulación del argumento histórico en la *Frontera*. Después de analizar la recepción y aplicación por parte de Edwards de una serie de categorías spenglerianas, Gazmuri concluye que no es posible hablar de una "aplicación mecánica y sistemática" de tales categorías. El pensamiento histórico de Edwards, así, parece sólo "flotar en el pensamiento de Spengler".⁵⁹ La concepción spengleriana le sería útil a Edwards sólo para confirmar su propia interpretación de la historia de Chile y refinar una elaboración que en sus líneas generales estaría ya fundamentalmente consolidada. Habría así, según Gazmuri, una perfecta continuidad en la obra de Edwards, y no sería posible distinguir etapas en el desarrollo de su pensamiento. Mariana Aylwin y Sofía Correa presuponían igual continuidad en su pensamiento.⁶⁰

Mi desacuerdo con esta interpretación se funda en un tipo de lectura distinto del que hace Gazmuri. Su trabajo privilegia el contenido historiográfico de la obra de Edwards. Mi interés, en cambio, se centra en su sentido político, que me parece ser el decisivo. La historiografía le sirve a Edwards sólo como

⁵⁷ Ibídem, pp. 211-212.

⁵⁸ Ibídem, p. 223.

⁵⁹ Gazmuri, "La influencia de O. Spengler en el pensamiento histórico de A. Edwards", p. 71.

⁶⁰ Cf. Mariana Aylwin y Sofía Correa, "El pensamiento historiográfico de Alberto Edwards", en *Perspectiva de Alberto Edwards V.*, editado por María Ignacia Alamos (Santiago: Aconcagua, 1976).

un medio para expresar sus convicciones políticas. Tiene razón Gazmuri, por ejemplo, cuando afirma que Edwards es laxo en su aplicación de las categorías spenglerianas a la historia de Chile. Me parece, sin embargo, más importante notar la profunda influencia que ejerce Spengler, como pensador conservador revolucionario, en el ideario político de Edwards. Esta influencia la reconoce el propio Edwards. En un artículo, que se publica en *Atenea* en 1925, confiesa: "Este libro [de Spengler] en cierto modo ha revolucionado mi espíritu. Veo las cosas de otra manera después de haberlo leído".⁶¹ Ciertamente Edwards absorbe el sentimiento de desastre inminente que exuda Spengler. "En épocas como la nuestra (...) la civilización y la vida misma carecen para todos de sentido exacto; (...) el porvenir se nos antoja una catástrofe o una quimera (...)"⁶² A la vez, capta y absorbe el giro revolucionario de las tesis conservadoras de Spengler. Aunque el conservantismo revolucionario es un movimiento típicamente alemán, Edwards aplica al caso chileno lo sustancial de su ideario, tal como lo expresa Spengler. Desarrollaré esta tesis con más detalle en la cuarta parte de este trabajo.

En 1920 Alessandri asume la presidencia y confirma la "derrota del patriciado".⁶³ Una nueva fuerza social, externa al sistema vigente, ingresa a la escena política: la clase media. La atención de Edwards se concentra particularmente en un segmento de aquella clase, lo que llama "la clase media intelectual". Esta subclase es el agente social que mueve el cambio político. Su origen se debe al "progreso de la industria, del comercio, de la administración y de la enseñanza, junto con las transformaciones espirituales en el sentido igualitario y urbano que caracterizan a la época". Pero de todos estos factores el que tiene más peso es la educación. Edwards responsabiliza al liberalismo chileno por el desarrollo artificial de una educación secundaria "erudita y libresca", que desprecia la enseñanza técnica y científica. Si a ella se suma "el desprecio hereditario de la raza por el trabajo manual y aun por el comercio", el resultado es ese segmento pequeño-burgués que vive "muiriéndose de hambre y almacenando silenciosamente sus rencores". Junto a este segmento mesocrático aparecen otros "de formación más natural y robusta". Piensa Edwards en aquel sector ligado a la industria y al comercio. Pero al igual que el "proletariado intelectual" de las ciudades, este segmento

⁶¹ Alberto Edwards, "La sociología de Oswald Spengler", *Atenea*, 43 (1949), pp. 310-311.

⁶² *Ibidem*, p. 311.

⁶³ Edwards, *La fronda aristocrática*, p. 222.

social no estaba menos desligado "espiritual y socialmente del viejo patriciado".⁶⁴

Durante el mandato de Alessandri las fuerzas combinadas de la clase media ascendente, que cuentan además con el apoyo relativamente pasivo del proletariado, desafían el predominio secular de la aristocracia. Alessandri expresa y da curso político a ese desafío. Pero en las postrimerías de su mandato la presión social desde abajo se torna irresistible. Esta presión se concentra en el Parlamento, al que la opinión pública percibe como un factor obstruccionista frente a las crecientes demandas sociales. El 11 de septiembre de 1924 el régimen parlamentario recibe un golpe de gracia. Una junta militar asume el poder y se enfrenta de igual a igual a las clases dirigentes tradicionales. Guía a estos militares el propósito de "abolir la política gangrenada",⁶⁵ y esto cuenta con la aprobación de la opinión pública. La clase media, en particular, se siente interpretada por los militares. Este movimiento, que Edwards interpreta como una importante apertura para el avance democrático-social en Chile, causa una profunda aprensión en su ánimo. En septiembre de 1924 le escribe a un amigo: "Pero yo no veo con tranquilidad el porvenir. Si hubiera de juzgar por mi instinto íntimo, a pesar de todos los optimismos reinantes, diría que estamos al margen de un período de anarquía".⁶⁶

El movimiento político y social que tiene lugar en Chile en esta época responde también a los cambios que desde Europa se transmiten a todo el mundo al término de la primera guerra mundial. La Revolución rusa, luego la emergencia del fascismo italiano y en 1923 la intervención militar de Primo de Rivera, en España, tienen gran impacto en Chile. Una conferencia dictada por Edwards ese mismo año es reseñada en los siguientes términos por un articulista de *El Mercurio*, Víctor Silva Yoacham (Hipólito Tartarin): "Las ideas políticas que ha dado a conocer el señor Alberto Edwards en una reciente conferencia, son muy viejas en él (...) [E]stas viejas ideas del señor Edwards, que hace un año se las hubieran tenido por reaccionarias, están hoy (...) a la última moda en Europa. El señor Mussolini y el General Primo de Rivera han realizado lo que don Alberto Edwards consideraba el régimen de gobierno ideal para nuestro país".⁶⁷ Lo que este perceptivo articulista no capta es el ánimo contrarrevolucionario que inspira a Edwards. Las ideas que

⁶⁴ *Ibidem*, pp. 201-203 y p. 288.

⁶⁵ Carlos Sáez, *Recuerdos de un soldado. El Ejército y la política* (Santiago: Ercilla, 1934), p. 171.

⁶⁶ Edwards, *La fronda aristocrática*, p. 278.

⁶⁷ Hipólito Tartarin, "Artículo", *El Mercurio*, 14 de octubre, 1923.

ahora expresa pueden ser las mismas, pero la nueva situación que enfrenta Chile, situación de "revoluciones trascendentales, de movimientos enérgicos, decisivos y sin matices", lo conducen por una senda muy distinta. Existe prueba testimonial que Edwards, un año más tarde y con posterioridad al golpe militar de septiembre, intenta persuadir a uno de los líderes de la revolución en el sentido de tomar posturas más enérgicas y decisionistas. El general Carlos Sáez da la siguiente cuenta de la visita que recibiera de Edwards en diciembre de 1924: "Sólo una vez tuve, en el mes de diciembre, una entrevista con un hombre verdaderamente patriota y de talento, que me dispensó el honor de una visita. Me refiero a don Alberto Edwards. Como Diógenes, el señor Edwards buscaba en aquellos días un hombre capaz de comprender las exigencias del momento histórico que estábamos viviendo. 'Esto no sirve, mayor -me dijo al despedirse, después de una larga conversación-, aquí hace falta el hombre capaz de realizar la obra que ustedes han comenzado con mucho patriotismo, pero sin plan alguno. Es preciso dar con el hombre. Sin eso, perderán el tiempo' ",⁶⁸ Hay que tomar en cuenta que el manifiesto militar del 11 de septiembre señalaba: "No hemos alzado ni alzaremos un caudillo, porque nuestra obra debe ser de todos y para todos".⁶⁹ A los ojos de Edwards esto debía constituir un grave error político.

El testimonio del general Sáez, revelador de un aspecto cuasi-conspiratorio en la actividad política de Edwards, muestra la dirección que había tomado su ideario político. No se equivoca cuando observa que el rápido ascenso del coronel Ibáñez a la cúspide de la jerarquía militar corresponde a lo anhelado por Edwards. En sus *Memorias* escribe: "El Comité revolucionario que preparó el asalto del 23 de enero había reconocido al mayor Grove por jefe de esa empresa atrevida. Grove cedió el puesto al camarada más antiguo, dejando el paso libre al comandante Ibáñez. Fue así como entró en escena el hombre tan patrióticamente esperado por don Alberto Edwards".⁷⁰ A partir de este momento, Ibáñez, ocupando el cargo de Ministro de la Guerra, se convierte en la figura decisiva de la política chilena. No es accidental que en el momento en que Ibáñez afirme definitivamente su posición dentro del gobierno, Edwards inicie una estrecha colaboración personal con él. El 20 de noviembre de 1926, al entrar en funciones el Ministerio Rivas-Matte, Edwards jura como Ministro de Hacienda. Con la formación de este Ministerio el coronel Ibáñez da el golpe de autoridad decisivo que

⁶⁸Sáez, *Memorias de un soldado. El Ejército y la política*, p. 126.

⁶⁹Ibídem, p. 171.

⁷⁰Ibídem, p. 170.

algunos meses más tarde se oficializará con su propio ascenso a la presidencia. Edwards describe este momento en un lenguaje típicamente decisionista: "Fue el señor Ministro de Guerra quien quiso tomar sobre sí la responsabilidad de cortar este nudo gordiano".⁷¹ El nudo gordiano es el creciente conflicto entre el Legislativo y el Ejecutivo que Ibáñez resuelve asumiendo la jefatura ministerial, pero manteniendo aún la débil fachada constitucional que sostiene al Presidente Figueroa. Obtenidas las facultades extraordinarias que pedía del Legislativo, el nuevo ministerio se embarca en una tarea de reprimir tanto a la "clase política" como a la "extrema izquierda revolucionaria"; esta última intentaba, según Edwards, "levantar las masas contra el orden social existente".⁷² En vistas de lo que percibe como una situación de emergencia, "el Ministro de la Guerra y algunos de sus colegas de Gabinete estaban de acuerdo en la necesidad, o al menos en la conveniencia, de que el Gobierno acentuase su política autoritaria, no sólo para reorganizar la Administración, usando con la mayor amplitud posible de las facultades extraordinarias otorgadas por el Congreso, sino también en el sentido de reprimir con energía los intentos sediciosos y los manejos que directa o indirectamente pudieran producir perturbaciones peligrosas".⁷³ Este texto muestra con gran claridad cómo se prepara y se allana el camino hacia la dictadura que el Ministro de la Guerra instaura unos meses más adelante. Y ¿quiénes podían ser sus colegas de Gabinete que lo apoyaban en su afirmación autoritaria? Hay que descontar a Rivas y Matte; su resistencia al *crescendo* autoritario de Ibáñez se hará pública a las pocas semanas. Las declaraciones del almirante Swett, en febrero del año siguiente, lo muestran como respetuoso de la Constitución.⁷⁴ De Alvaro Santa María, Julio Velasco y Arturo Alemparte, los otros ministros, no ha quedado huella audible. Pero no es necesario buscar más lejos: es Edwards obviamente quien apoya la gestión autoritaria de Ibáñez.

En febrero de 1927, Ibáñez desata definitivamente el nudo gordiano al derribar al Ministerio Rivas-Matte. El 9 de febrero Ibáñez publica en los diarios de la capital y algunos de provincia un manifiesto que contiene declaraciones como éstas: "Ha llegado la hora definitiva y de liquidación de cuentas (...) Hay que aplicar el termocauterio arriba y abajo. Después de esta operación, el país quedará tranquilo".⁷⁵ Iniciada formalmente la dictadura de

⁷¹ Edwards, *La fronda aristocrática*, p. 271.

⁷² Ibídem, pp. 273-274.

⁷³ Ibídem, p. 274.

⁷⁴ Carlos Sáez, *Recuerdos de un soldado. Génesis y derrumbe de la dictadura* (Santiago: Ercilla, 1933), p. 63.

⁷⁵ Ibídem, p. 65.

Ibáñez, Edwards, quien ha salido del gobierno con la caída del Ministerio Rivas-Matte, se reincorpora a la administración pública en posiciones de cierto rango. En agosto de 1927 se le nombra Jefe del Departamento de Geografía Administrativa del Ministerio del Interior, y en 1929 es designado representante chileno en la Exposición de Sevilla. De vuelta en Chile, en 1930, se le nombra Conservador del Registro Civil. Desde octubre de ese año hasta el 28 de abril de 1931 forma parte del gabinete de Ibáñez como Ministro de Educación.⁷⁶

El testimonio del general Sáez y un Memorándum redactado por Edwards mismo y publicado en *El Mercurio* el 10 de abril de 1932, pocos días después de su muerte, iluminan su estrecho compromiso político con la dictadura de Ibáñez. En el Memorándum, un documento fundamentalmente apologético, Edwards intenta distanciarse del régimen político y financiero impuesto por el gobierno de Ibáñez. Contiene su visión crítica del manejo de las finanzas públicas y un cierto escepticismo por "el socialismo de Estado" vigente. Considera a este último un "régimen muy caro" y aconseja una drástica reducción del gasto fiscal. En sus innumerables reuniones con Ibáñez le sugiere el nombramiento de Pedro Blanquier por "sus ideas individualistas en economía social". Edwards reconoce que ha llegado el momento de "ser individualistas por necesidad". Una de tales entrevistas revela la confianza y el respeto que inspira Edwards en Ibáñez. En un momento, a solas, Ibáñez le dice: "Don Alberto (...), es Ud. el hombre que más [confianza] me inspira; no me abandone (...) Tengo en Ud. tanta confianza como si fuera mi padre".⁷⁷

El relato de Sáez involucra a Edwards a partir de los primeros días de julio de 1931, en los últimos instantes del gabinete presidido por Froedden. Para la solución de esa crisis ministerial, Ibáñez solicita el consejo de Edwards. En contradicción con lo expresado por Edwards en su Memorándum, Sáez señala que la recomendación que Ibáñez recibe de Edwards es la siguiente: su Ministerio debe quedar constituido por militares. Ibáñez, y luego Edwards mismo en un encuentro personal, le indican a Sáez que este es el contenido de su recomendación. "El hecho es éste: don Alberto Edwards habló al Presidente de un Ministerio militar (...) Se trataba, según él, de 'una operación quirúrgica', y para eso podía ser suficiente la mano firme de un mili-

⁷⁶Cf. Ricardo Donoso, "Alberto Edwards y Encina", *Atenea*, 60 (1966), p. 72; y Dina Escobar, Jorge Ivulic, "Los artículos de Rafael Maluenda, a propósito del origen de *La fronda aristocrática*", *Dimensión Histórica*, 4-5 (1987-88), p. 267.

⁷⁷Alberto Edwards, "Memorándum. Recuerdos personales sobre los sucesos que ocasionaron el derrumbe de la administración Ibáñez", *El Mercurio*, 10 de abril, 1932.

tar".⁷⁸ El punto tiene importancia. Si Edwards hubiera recomendado a Blanquier, y ello por las razones citadas en el Memorándum, estaría vigente todavía su postura conservadora-liberal de su primera época; en cambio, la recomendación de un militar para Hacienda es consonante con el radicalismo que involucra su conservantismo revolucionario. Me parece que, en este respecto, el testimonio de Sáez es intachable. Por el contrario, el Memorándum es ciertamente un documento apologético en el que Edwards busca distanciarse del régimen caído y es plausible el intento de alterar la verdad de los hechos. En todo caso Ibáñez, según Sáez, no adopta ese radical consejo y el 13 de julio se constituye el Ministerio Montero-Blanquier. Una semana más tarde la caída de tal ministerio acelera la crisis política. El 23 de julio Edwards es citado a La Moneda y acepta formar parte de un nuevo Ministerio: el Ministerio Froedden-Edwards. "No soñé -confiesa Edwards en su Memorándum- que esa resolución iba a convertirme, ante el concepto público, en un asesino y un sanguinario". Al día siguiente muere asesinado el estudiante Pinto, y el sábado 25 el estudiante Zañartu. Agrega Edwards en su Memorándum: "Me había metido, sin darme cuenta, en una terrible aventura, de la cual no podría salir sin que mi actitud fuese interpretada como una cobarde defección". El domingo 26 renuncia Ibáñez. Hondamente afectado, Edwards se retira de la vida pública. Muere al poco tiempo, el 3 de abril de 1932.

No se equivoca Arturo Alessandri cuando afirma que Edwards "fue constantemente un cooperador sincero, afectuoso y apasionado de Ibáñez durante todo su gobierno". Me parece, sin embargo, un error afirmar, como lo hace a continuación Alessandri, que "el régimen de dictadura fue el que constantemente anheló y patrocinó durante toda su vida".⁷⁹ Durante el curso del régimen parlamentario Edwards fue partidario de un Ejecutivo fuerte, pero encuadrado dentro del marco del sistema republicano parlamentario. Es sólo a partir de 1924, con la entrada de los militares a la escena política, y luego sobre la base de su compromiso personal y político con la dictadura de Ibáñez, que se consolida el giro revolucionario de su postura conservadora.

3. Edwards: liberal-conservador

La elaboración historiográfica de Edwards en su primera época se asienta sobre una constelación de ideas que, aunque no claramente visibles

⁷⁸Sáez, *Memorias de un soldado. Génesis y derrumbe de la dictadura*, p. 114.

⁷⁹Arturo Alessandri, *Recuerdos del gobierno*, vol. II (Santiago: Nascimento, 1967), p. 444.

en la superficie de su discurso, lo apoyan invisiblemente dándole a su pensamiento gran coherencia. Estas ideas revelan el impacto que tuvieron en Chile las doctrinas elaboradas por un grupo de teóricos de la corriente conservadora-liberal, que en Francia se denominan liberales doctrinarios o doctrinarios a secas. Edwards, obviamente, no las refleja simplemente sino que las filtra y adapta al desarrollo particular de los acontecimientos sociales y políticos en Chile. Pero en lo esencial Edwards interpreta fielmente el ideario político de los liberales doctrinarios.

En conformidad con uno de los postulados que el liberalismo doctrinario hereda del liberalismo clásico, Edwards articula su propio pensamiento sobre la base de la distinción entre sociedad civil y Estado. En el plano de la sociedad civil, Edwards concibe un orden jerarquizado en cuya cúspide encuentra emplazada a una aristocracia. Edwards hace profesión de fe aristocrática, en tanto que concibe a la clase alta como el agente histórico principal. Reconoce que no existe "en Chile otra clase social capaz de equilibrar, ni siquiera remotamente, el poder de la aristocracia".⁸⁰ Pero, contrariamente a lo que sucede en Europa, en Chile la clase alta es relativamente homogénea. La raíz social de las revoluciones de 1789 y 1848 se encuentra en la lucha por el predominio entre la burguesía y la vieja nobleza. En Chile, en cambio, la nobleza conquistadora y militar "que mantuvo su supremacía social hasta fines del siglo XVII (...) no pudo evitar el ser absorbida por elementos más nuevos y trabajadores". Vistas así las cosas, la nobleza y la burguesía "no podían chocarse, pues, aquí como se chocaron en Europa, porque ambos elementos estaban confundidos".⁸¹ El pensamiento social de Edwards de este período queda marcado por su visión de un dominio aristocrático sin contrapesos externos y relativamente integrado en el interior de su clase portadora.

En esta fusión de la nobleza y la burguesía, Edwards percibe simultáneamente una combinación de valores y actitudes éticas. Aunque no es muy explícito en la definición de esos valores, la siguiente enumeración, aunque escueta, es una buena muestra. Según Edwards, los elementos que componen el *ethos* de la aristocracia al cruzar el umbral de la Independencia son: "familia, propiedad, sentimientos de orden y la noción de Estado moderno".⁸² Esta enumeración no es adventicia. Recoge instituciones, como la familia, la propiedad y el Estado, que resultan ser los pilares fundamentales del

⁸⁰ Edwards, *La organización política de Chile*, p. 38.

⁸¹ *Ibidem*, pp. 38-39.

⁸² *Ibidem*, p. 43.

conservantismo. Estas instituciones a la vez incorporan a las nociones de tradición y autoridad, que junto con los sentimientos de orden completan el ideario conservador. Sobre este firme suelo ético pueden ejercitarse sin problemas aquellas libertades necesarias para el desarrollo de las actividades comerciales. "El orden no [es] sino la condición precisa del progreso y de la verdadera libertad".⁸³ Protegido por un orden autoritario se desvanece el peligro de que el espíritu de iniciativa y competencia del segmento burgués se desborde políticamente. La moralidad conservadora es impermeable a "las abstracciones más o menos quiméricas de los ideólogos y los razonadores"⁸⁴ y a la "pedantería libresca de esos teóricos que sólo comprenden el progreso de las vanas fórmulas de una democracia imposible (...)".⁸⁵ En la armonización de las nociones de autoridad y libertad está la clave del conservatismo liberal de Edwards. Una cita de Sotomayor Valdés confirma esta afirmación: "El principio de autoridad dominaba en la sangre del pueblo chileno, sin exceptuar a los hombres que más gala hacían de liberalismo".⁸⁶

La idea de autoridad absorbe la elaboración de Edwards en el plano político y confirma la raigambre conservadora-liberal de su pensamiento. Asume, por una parte, la noción abstracta de autoridad exigida por el liberalismo. El liberalismo pone el acento en la autoridad de la ley, en la existencia de un Estado de derecho. Acepta hablar de la autoridad, no de personas sino de instituciones y normas. Pero, por otra parte, para el conservantismo de Edwards "la autoridad, más que una abstracción, es un hecho respetable". La noción de autoridad como "hecho respetable" no tiene todavía el sentido que adquirirá a partir de su viraje contrarrevolucionario. No se trata de fundar la soberanía estatal en la pura facticidad, en la acción decisiva de individuos fuertes. El "hecho respetable" en este período es la "tradición existente: continuar bajo la República el régimen de la colonia".⁸⁷

Edwards concretamente distingue dos aspectos en la noción de autoridad: el primero tiene que ver con el fundamento social de la autoridad y el segundo con una imagen política de autoridad como foco o núcleo de fuerzas. En primer lugar, una autoridad legítima se sostiene sobre un fundamento social. Para Edwards ese fundamento es la aristocracia como núcleo internamente integrado y a la vez integrador de sectores sociales subordinados.

⁸³ Edwards, *El gobierno de don Manuel Montt*, p. 402.

⁸⁴ Edwards, *La organización política de Chile*, p. 44.

⁸⁵ Edwards, *El gobierno de don Manuel Montt*, p. 402.

⁸⁶ Edwards, *La organización política de Chile*, p. 44.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 45.

Esta primera época del pensamiento de Edwards está cruzada por una cuestión fundamental: ¿dónde se encuentra el fundamento de la autoridad?, ¿sobre qué base reposa la autoridad política?, ¿qué fuerzas sociales sostienen la superestructura estatal? Esta cuestión está determinada, obviamente, por la necesidad de asegurar la legitimidad del régimen parlamentario que se impone tras la derrota de Balmaceda en 1891. En su respuesta se observa el timbre conservador de su pensamiento. La autoridad "reposa en el apoyo de una alta clase social, unida y poderosa";⁸⁸ "el eje principal de la política conservadora [es] el apoyo de las clases dirigentes rodeando al Ejecutivo";⁸⁹ "la fuerza de la organización chilena no residía tan sólo en la gran autoridad de los presidentes, sino en el apoyo moral e inerte de una sociedad sana, unida, afecta al orden por sentimientos e intereses".⁹⁰

La autoridad, en segundo lugar, es esencialmente autoridad estatal; es decir, centro de poder político autónomo, cabeza o cumbre suprema que se alza por encima del poder fundante de la aristocracia. Su modelo es el instaurado por Portales. Ve a Portales como capaz de "agrupar las fuerzas sociales en torno de un poder vigoroso";⁹¹ su primer pensamiento fue "el de fortalecer el Ejecutivo, otorgándole casi todos los poderes del Estado"; los constituyentes de 1833 le dieron al país lo que necesitaba: "una cabeza fuerte".⁹² Este segundo aspecto está determinado esta vez por la desilusión que sufre Edwards con la forma política que adopta el régimen pos-balmacedista. El parlamentarismo ha permitido que se desdibuje la línea que separa al Estado de la sociedad civil. La aristocracia, la fuerza social en que se apoya una autoridad estatal separada e independiente, ha adoptado un espíritu de fronda y se ha instalado en la cima del poder. Esto significa la disolución del núcleo político -la figura del Presidente- en que se concentraban las fuerzas sociales. Son los presidentes chilenos los que consolidan la integración aristocrática, lo que a su vez asegura la integración de los círculos sociales que se le subordinan.

Es esencial, según Edwards, mantener la separación de los planos de acción social y política. Si en el plano social el predominio de la aristocracia chilena es absoluto, la pretensión de expresar ese dominio políticamente tiene un efecto desintegrador. El régimen oligárquico, es decir, el predominio

⁸⁸Ibíd., p. 34.

⁸⁹Edwards, *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*, p. 61.

⁹⁰Edwards, *El gobierno de don Manuel Montt*, p. 403.

⁹¹Edwards, *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*, pp. 31-32.

⁹²Ibíd., p. 35.

político de la aristocracia, debe evitarse. De hecho, en Chile el manejo administrativo del Estado no quedó en manos de la clase de los grandes propietarios de la tierra. Según Edwards, "de esa clase el poder sacó su fuerza y su prestigio, su base sólida y estable; pero no sus instituciones, ni sus leyes, ni su organización administrativa". Pero esto no quiere decir que aquellos juristas y burócratas que comandaban el Estado "pertenecían a otro medio social". Por el contrario, aquellos que dominaban en el plano social y los que ejercían control del Estado estaban unidos por "lazos de parentesco y (...) un rango común. La clase dirigente chilena era homogénea (...)"⁹³ Si la clase dirigente chilena es homogénea y logró desde muy temprano afirmar su hegemonía sobre el resto de la sociedad por medio de una institucionalidad fuerte y estable, ¿cómo se explican las profundas divisiones sociales que dieron lugar a las guerras civiles ocurridas durante las administraciones de Montt y Balmaceda? Para Edwards, la respuesta se encuentra examinando el régimen político que se genera al término de la segunda de estas guerras civiles, es decir, el parlamentarismo. Al término de la primera, y por más de 30 años hasta 1891, se mantiene la forma de un régimen autoritario, que concentra el poder en la figura del Presidente. Pero ya están echadas las semillas del régimen parlamentarista que lo va a suceder. Es el parlamentarismo, como régimen político, el que guarda la clave de la decadencia política chilena.

Cuando Edwards estudia más a fondo las causas del extravío de la aristocracia chilena, que remata en el parlamentarismo y la decadencia del Estado fuerte, su mirada se dirige hacia el liberalismo. Pero se trata de un liberalismo que nada tiene que ver con el liberalismo conservador y monárquico de Constant. Se trata más bien de un liberalismo democrático, de tendencias anárquica y romántica. Importado de Europa, sufrió muy luego "en la mente de nuestros reformadores políticos transformaciones substanciales". Edwards culpa a nuestro ancestro ibérico del ropaje anárquico con que se viste nuestro liberalismo. "A través del cerebro demoledor e indisciplinado de la raza ibérica, sólo se filtra el residuo destructivo y anárquico de los sistemas. Nuestro liberalismo fue netamente español (...) ¿Qué es nuestro sistema de gobierno sino el régimen parlamentario, despojado aquí de sus correctivos en favor de la autoridad y el orden?"⁹⁴ No es posible hablar en Chile de un liberalismo a secas, sino que necesariamente estamos en presencia de un liberalismo chileno. No es una idea abstracta, sino un univer-

⁹³ Edwards, *La organización política de Chile*, p. 47.

⁹⁴ Edwards, *El gobierno de don Manuel Montt*, p. 238.

sal concreto. Por eso es que liberales como como Lastarria encuentran su tarea prácticamente hecha. Su argumento no requiere sino demostración histórica: apuntar hacia 1810. Los liberales chilenos del siglo pasado escriben historias de Chile y ganan el argumento en forma convincente. Pero a la vez esta fácil victoria condena al liberalismo a la superficialidad.

Posiblemente la característica más notable del liberalismo chileno es la síntesis que realiza con la legitimidad democrática, que se asienta en Chile con una fuerza irresistible. Lo reconoce Edwards en el siguiente texto: "Así como la revolución democrática de Europa hubo de respetar en las formas si no en el fondo la legitimidad monárquica, para imponerse, nuestros constituyentes debieron asimismo poner a la cabeza de las instituciones el reconocimiento de la soberanía del pueblo. En la práctica un dogma podía valer tanto como el otro, pero así y todo, el estadista ha de tener en cuenta las creencias dominantes, por absurdas que ellas sean".⁹⁵ Sin embargo, su realismo le permite ver que aunque "la legitimidad teórica ha continuado siendo en la América Latina la voluntad popular, (...) aquí como en Roma, la usurpación de esa voluntad, incapaz de manifestarse e imponerse, ha llegado a ser la regla casi sin excepción".⁹⁶ El conservantismo de Edwards sólo rechaza la versión chilena del liberalismo con su compromiso con la democracia y la soberanía popular. Su versión es perfectamente compatible con el liberalismo clásico de Hume y Burke, de Constant y Tocqueville. El Edwards de esta primera época no tendría reparos en subscribir la autodefinición política de Lord Macaulay ante el parlamento inglés: "*Por myself, Sir, I hope that I am at once a Liberal an a Conservative Politician*",⁹⁷

4. Edwards: conservador-revolucionario

A partir de 1920, al tomar conciencia de la derrota política de la oligarquía, pero muy particularmente a partir de 1924, cuando el dominio social de la aristocracia tambalea y las clases subordinadas asumen un rol político decisivo, la postura conservadora de Edwards se radicaliza y adquiere un sello revolucionario. La lectura de Spengler lo pone en contacto con el ideario de la llamada "revolución conservadora" que se desarrolla en Alemania inmediatamente después de la primera guerra mundial. Herederos

⁹⁵ Edwards, *La organización política de Chile*, p. 123.

Ibíd., p. 125.

⁹⁷ Thomas Macaulay, "Speech in the House of Commons, 1 June 1853", *The Miscellaneous Writings and Speeches* (Londres, 1972), p. 172.

de la temática irracionalista y romántica europea, los conservadores revolucionarios alemanes rechazan la modernidad y la institucionalidad liberal y secular que caracteriza nuestra civilización. Fundamentalmente en ello reside la orientación conservadora de su pensamiento⁹⁸ (Stern, 1975: 7; Herf, 1984: 35-7; Fernandois, 1988: 88-91). Pero estos pensadores implantan sobre esa matriz temática un estado de ánimo revolucionario. Su pesimismo con respecto a la preservación de los contenidos de vida tradicionales y su visión de un presente irredimible se mezcla con un cierto utopismo que "señala el futuro a la nación alemana".⁹⁹ La historia ha emitido su veredicto inapelable: la cultura de Occidente esta exhausta, su auna ha definitivamente perecido. Para los conservadores tradicionales el pasado retiene íntegramente su fuerza vital. La evocación del pasado tiene por función confirmar la continuidad con una tradición en la que reposa el curso vital presente y su proyección al futuro. Para los conservadores revolucionarios, en cambio, la tradición ha perdido su fuerza vivificante. La cultura occidental ha muerto y una civilización extraña, superficial y sin alma se ha desplegado por todo el orbe. Spengler, es cierto, no gira en el centro dinámico de este movimiento, cuyo líder, Moeller van den Bruck, desarrolla sus tesis en oposición suya.¹⁰⁰ Pero no cabe duda que su influencia es determinante. A pesar de que es "estoico frente a las civilizaciones, consciente de que no hay refugio posible contra la dura necesidad que fluye de los hechos",¹⁰¹ su reconocimiento de la decadencia y muerte de la cultura occidental abre una serie de posibilidades políticas. No tiene problema así en concebir la política como "el arte de lo posible".¹⁰² El potencial revolucionario de tal concepción queda demostrado en su opción por el decisionismo político y jurídico, y por su énfasis en el rol

⁹⁸Cf. Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair* (Berkeley: University of California Press, 1963, p. 7; Jeffrey Herf, *Reactionary Modernism. Technology, Culture and Politics in Weimar and the Third Reich* (Cambridge: Cambridge University Press, 1984), pp. 35-37; Joaquín Fernandois, "Encuentro con la historia y la política: Thomas Mann, Hugo von Hoffmannstahl y la 'Revolución Conservadora'", *Reflexiones sobre historia, religión y política*, editado por J. Ricardo Couyoumdjian *et al.* (Santiago: Universidad Católica, 1988), pp. 88-91.

⁹⁹Heidi Gerstenberger, *Der Revolutionäre Konservatismus. Ein Beitrag zur Analyse des Liberalismus* (Berlín: Duncker & Humblot, 1968), p. 34.

¹⁰⁰*Ibidem*, p. 45.

¹⁰¹Mario Góngora, "Nociones de cultura y civilización en Spengler", *Civilización de masas y esperanza* (Santiago: Vivaria, 1987), p. 90.

¹⁰²Oswald Spengler, *Der Untergang des Abendlandes*, vol. II: *Welthistorische Perspektiven* (Munich: Beck, 1923), p. 552.

de liderazgo carismático. "El estadista nato está siempre más allá de la verdad y la falsedad".¹⁰³

La predilección por la historia como canal de expresión de sus ideas políticas es posiblemente el rasgo que marca la peculiaridad de Spengler dentro del movimiento conservador revolucionario. En el primer volumen de *La decadencia de Occidente*, Spengler distingue entre "forma y ley", es decir, entre "imagen y concepto, símbolo y fórmula".¹⁰⁴ Ley, concepto y fórmula constituyen el lenguaje de las ciencias naturales, en tanto que forma, imagen y símbolo el de las ciencias históricas. El dentista natural busca reproducir imitativamente el curso natural de los eventos y desarrolla así lo que Spengler denomina "morfología sistemática". El historiador, en cambio, interpreta, busca el sentido de las cosas, realiza una verdadera fisonomía, es decir, juzga el carácter interno por las apariencias externas. El principio interno o alma que intenta descubrir la historiografía en tanto que "morfología orgánica",¹⁰⁵ se manifiesta externamente en instituciones culturales y políticas, estilos arquitectónicos, organizaciones económicas. La historia misma no es sino la manifestación ciega y necesaria de ese principio interno. "La reproducción imitativa, el trabajo historiográfico con fechas y cantidades es sólo medio y no un fin".¹⁰⁶ Lo que guía a Spengler es el intento de descubrir el alma que dirige el movimiento de la historia, que vivifica y sostiene la cultura de un pueblo, y que muere cuando una cultura declina y deviene civilización. En el segundo volumen de *La decadencia de Occidente* queda claramente a la vista el sentido de la obra de Spengler. Su elaboración historiográfica, de valor altamente conjetural por lo demás, aparece allí como el vehículo de un pensamiento histórico cuya manifestación más definida y completa es la política. "Denominamos 'historia' al curso existencial humano en tanto que movimiento, generación, estamento, pueblo, nación. 'Política' es el modo como este curso existencial se manifiesta, crece y triunfa sobre otros cursos vitales".¹⁰⁷ Esta identidad entre historia y política en Spengler justifica su elección de la historiografía como el medio más adecuado para exponer su pensamiento conservador.

Edwards, para quien también la historiografía constituye el canal predilecto para la exposición de sus ideales políticos, es perfectamente fiel a

¹⁰³Ibídem, vol. II, p. 548.

¹⁰⁴Oswald Spengler, *Der Untergang des Abendlandes*, vol. I: *Gestalt und Wirklichkeit* (Munich: Beck, 1923), p. 136.

¹⁰⁵Ibídem, vol. I, p. 134.

¹⁰⁶Ibídem, vol. I, p. 136.

¹⁰⁷Ibídem, vol. II, p. 545.

Spengler cuando aplica no-mecánica y a-sistemáticamente sus categorías históricas. Lo que definitivamente le importa es recuperar el fondo político del pensamiento spengleriano. Absorbe, en primer lugar, ese universo de ideas que Spengler comparte con el conservantismo tradicional y que se traduce en un ataque contra el liberalismo y sus derivados: el cosmopolitanismo, el capitalismo, el individualismo, la democracia. Así, cuando en el mes de agosto de 1927 inicia Edwards la publicación de una serie de artículos en *El Mercurio*, que en mayo del año siguiente reunirá en su libro *La fronda aristocrática*, uno de sus objetivos es mostrar la manera cómo el descalabro de la cultura aristocrática en Chile es el producto de una fuerza civilizadora superior a ella: "la revolución espiritual de los tiempos modernos"; es decir, el liberalismo.¹⁰⁸ Su ataque al liberalismo no se restringe a su versión chilena, como sucede en la primera etapa de su pensamiento. Por el contrario, Edwards elabora ahora un ataque contra el liberalismo como movimiento de ideas. "El liberalismo, para hablar con más propiedad, el espíritu del siglo, no es en el fondo una doctrina política, sino una revolución espiritual, una creencia, una filosofía (...)"¹⁰⁹ Es "la revolución de los tiempos modernos" la que "trajo consigo un cambio de aristocracias (...)"¹¹⁰ Edwards, en su primera época, no se percata de la magnitud del compromiso de las aristocracias con el liberalismo. Su error entonces era pensar que ellas atesoraban acendrados valores espirituales, que eran portadoras del honor, de la lealtad a las tradiciones y del respeto a la autoridad. Un cambio profundo en su percepción de lo aristocrático como tal es factor determinante en esta segunda etapa de su pensamiento. La idealización de la clase alta cede el paso a una visión realista y resignada. Penetrada cabalmente por el ideario liberal, son valores estrictamente monetarios los que la guían. El conservantismo de Edwards le permite observar con claridad cómo se ha difundido el espíritu del liberalismo por todo el ámbito social. "Los cambios sufridos por las grandes instituciones sociales en los últimos siglos denuncian el espíritu pecuniario y contractual de los burgueses. Así ha sucedido con el matrimonio, la familia, la herencia, la propiedad. Aun la forma técnica del Estado moderno recuerda el mecanismo directivo de las sociedades anónimas".¹¹¹ "Se despoja primero al matrimonio de su carácter místico y se le conserva

¹⁰⁸ Edwards, *La fronda aristocrática*, pp. 135-139.

¹⁰⁹ *Ibíd.*, p. 146.

¹¹⁰ *Ibíd.*, p. 284.

¹¹¹ *Ibíd.*, p. 284.

sólo el de un contrato civil de negocios".¹¹² En los términos propuestos por Maine, es el contrato, y no el *status*, lo que determina ahora toda relación social. Esto define, desde Burke, la esencia del pensamiento conservador.

Cuando Edwards ahora piensa en la aristocracia chilena se da cuenta que sólo durante los gobiernos de Prieto y Bulnes estuvo "quieta, obediente, dispuesta a prestar su apoyo desinteresado y pasivo a todos los Gobiernos". Pero esto fue un milagro. "Antes y después de ese milagro" la aristocracia se muestra "casi siempre hostil a la autoridad de los Gobiernos y a veces en abierta rebelión contra ellos". "Este espíritu rebelde, que se manifiesta políticamente en los regímenes oligárquicos y parlamentaristas, es lo que Edwards define ahora como "el espíritu de fronda". En el momento de su Independencia, Chile cuenta con una "aristocracia mixta, burguesa por su formación (...), pero por cuyas venas corría también la sangre de algunas viejas familias feudales".¹¹³ Es interesante notar que al comenzar su argumentación, Edwards atribuye el espíritu de fronda y rebeldía, por una parte, al ingrediente feudal de la mixtura aristocrática chilena, y por otra, al "espíritu casi selvático de libertad" que caracteriza a vascos y navarros.¹¹⁴ Pero también a estos últimos atribuye un espíritu de empresa y de mercantilismo, que determina un carácter amante del orden y la parsimonia. En todo caso, Edwards ve como cualidades positivas aquellas que define como burguesas, es decir, "el amor al trabajo y la economía, el buen sentido práctico, (...) la falta de imaginación, la estrechez de criterio", y como negativas, aquellas que define como feudales, es decir, "el espíritu de fronda y de rebeldía, que denuncian al amo de siervos, al orgulloso señor de la tierra".¹¹⁵ En los tramos finales de su argumento, en cambio, lo burgués en cuanto tal debilita el vínculo social y agota las fuerzas espirituales tradicionales. "La disciplina religiosa, el hábito tradicional de la obediencia, el sometimiento espontáneo a las jerarquías, son fenómenos pre-burgueses (...)" Estas son las fuerzas espirituales que una sociedad, aun una sociedad burguesa, necesita para subsistir. Se confirma así el reconocimiento, por parte de Edwards, del núcleo de la concepción conservadora. Pero a la vez admite que es típico de la burguesía "materialista, estrechamente mercantil", el intentar "prescindir de las fuerzas espirituales que sostenían su poderío".¹¹⁶ La burguesía expresa "el espíritu de los tiempos

¹¹² Edwards, "La sociología de Oswald Spengler", p. 341.

¹¹³ Edwards, *La fronda aristocrática*, pp. 31-32.

¹¹⁴ *Ibídem*, p. 34.

¹¹⁵ *Ibídem*, p. 33.

¹¹⁶ *Ibídem*, p. 285.

modernos" que involucra "la negación (...) de las creencias, filosofías e instituciones del pasado" y una "lucha contra todas las fuerza espirituales de la tradición: la Iglesia, la monarquía, la organización jerárquica de la sociedad, el antiguo concepto de familia y propiedad".¹¹⁷

La noción de "fuerza espiritual" sintetiza en la *Fronda* su crítica conservadora al liberalismo moderno, y es, sin duda, una noción que elabora a partir de la idea de cultura en Spengler. "La doctrina de Spengler, su concepto de lo que es cultura (...) arroja mucha luz sobre estos fenómenos, al aparecer contradictorios, que venimos analizando. ¿Qué separa espiritualmente al hombre culto de la bestia humana? Creencias e ideales, un alma. La cultura europea, como las demás que han existido, tuvo esa alma, es decir, una religión, una fe, una política, una noción de estructura social, ideas éticas a la vez cristianas y caballerescas, sentimientos de lo que es el amor, la mujer, el matrimonio, la familia, la propiedad, el deber y el honor".¹¹⁸ Es también en este mismo artículo en el que por primera vez emplea la noción de "fuerza espiritual".¹¹⁹ Su oposición al liberalismo, es decir, la profunda "revolución espiritual" en contra de "las ideas y sentimientos hereditarios" y las "formas históricas de la cultura",¹²⁰ se funda en esa noción. "La gran crisis de la época moderna consiste en la rebelión del alma social contra las antiguas fuerzas espirituales de la cultura".¹²¹ La centralidad de la noción de "fuerza espiritual" en su argumentación demuestra claramente su deuda con Spengler. Para Edwards, los regímenes en forma reposan sobre "fuerzas espirituales"; la Iglesia es "fuerza conservadora espiritual"; "fuerzas espirituales" sostienen el Estado en forma; en "fuerzas espirituales históricas" reposan tanto el antiguo régimen presidencial como el régimen oligárquico parlamentario; el Estado portaliano reposaba en una "fuerza espiritual orgánica"; los regímenes en forma reposan sobre "fuerzas espirituales".¹²² La confirmación del carácter conservador de esta noción aparece en el siguiente texto: "Ya el gran Burke, en el siglo XVIII, Carlyle y Bagehot más adelante, habían adivinado que la base necesaria de los gobiernos libres son las fuerzas espirituales".¹²³

¹¹⁷ *Ibídem*, p. 136

¹¹⁸ Edwards, "La sociología de Oswald Spengler", p. 339.

¹¹⁹ *Ibídem*, p. 334.

¹²⁰ Edwards, *La fronda aristocrática*, p. 146.

¹²¹ *Ibídem*, p. 120.

¹²² *Ibídem*, pp. 66, 120, 243, 265, 285.

¹²³ *Ibídem*, p. 287.

Si Edwards consigue profundizar su visión conservadora en contacto con el pensamiento de Spengler, también absorbe el temple revolucionario (o mejor dicho, contrarrevolucionario) de este último. En este trabajo quisiera sólo atender a dos aspectos de ese nuevo temple y que marcan definitivamente su ruptura con el conservantismo liberal de su primera época. Edwards acepta, en esta nueva etapa, tanto la primacía que Spengler asigna a la política por sobre otras consideraciones, como también adopta su visión del rol de la élite y de los grandes individuos.

La primacía de la política se manifiesta en la *Frontera* por la adopción de una postura puramente política, desconectada de una raíz social legitimante. La dictadura de los presidentes portalianos era legal y legítima en tanto que encontraba un apoyo en la fuerza social de la aristocracia: "Las viejas aristocracias ennoblecieron la espada, porque eran clases a la vez guerreras y políticas". Pero la dictadura del coronel Ibáñez no cuenta de ninguna manera con ese apoyo: "La burguesía, con su desdén israelita por todo lo que no es oro o lo produce, con la cortedad mercantil de su visión social, ha estado muy dispuesta a no ver en los militares sino 'asalariados en uniforme'. Este y otros fenómenos análogos demuestran a las claras que nuestra aristocracia, aun la más feudal y campesina, debió sus blasones no a las cruzadas, sino al mostrador".¹²⁴ Su dictadura, por tanto, debe afirmarse fácticamente y su legitimidad puede asumir sólo un carácter negativo: representa el último bastión de defensa frente a la dictadura proletaria. La primacía de la política se manifiesta por su autonomía frente a la situación social que debe regular. Esta actitud ilumina la preferencia que demuestra Edwards por soluciones de fuerza, por golpes de autoridad.

La carta de septiembre de 1924, que incluye en la parte final de la *Frontera*, contiene la clave del giro que experimenta el pensamiento conservador de Edwards. En situaciones de emergencias un nuevo tipo de acción política se presenta como ineludible. Edwards se acomoda a las nuevas circunstancias sin reservas. Escribe: "La vieja organización de Chile está en ruinas, no sólo en las formas jurídicas, que esas importan poco, sino en las almas. Sólo veo una sociedad espiritualmente desquiciada, un caos de pasiones y ninguna fuerza, salvo la del sable, que pueda dirigirlas o contenerlas". Y luego añade: "Si lo que acaba de ocurrir no es un nuevo Lircay, y mucho me temo que no lo sea, antes de un año tendremos en Chile un dictador de espada o de gorro frigio. ¡Ojalá sea lo primero!"¹²⁵ Teme con razón Edwards

¹²⁴Ibíd., p. 289.

¹²⁵Ibíd., p. 278.

que el golpe del 11 de septiembre de 1924 no sea comparable con Lircay. En 1830 el grueso de la aristocracia acepta sin mayor cuestionamiento el régimen político que impone Portales. Edwards ve a esa aristocracia como portadora de valores morales tradicionales que va a servir de fundamento sólido de ese régimen. A partir de 1920, una nueva clase ha irrumpido en la esfera política, una clase que representa para Edwards el agotamiento de la moral tradicional. Una sociedad hegemonizada por esta nueva clase sólo puede ser "una sociedad espiritualmente desquiciada". Sobre este nihilismo espiritual y social sólo puede alzarse una autoridad fuerte que se presenta fundamentalmente como un hecho, es decir, sin fundamento moral de ninguna especie. Por encima de este nihilismo social se alza la escueta afirmación del principio de autoridad: "(...) es forzoso obedecer a alguien o algo, que puede ser, en ciertos casos, una dinastía, que se supone consagrada por Dios, o un Presidente que representa la 'voluntad del pueblo', o una Constitución por todos respetada, o un 'hecho' que sabe y logra imponerse (...)"¹²⁶ Esta necesidad de obedecer a alguna autoridad, cualquiera que ella sea, determina la conclusión conservadora que Edwards obtiene de premisas nihilistas.

En febrero de 1927 se inaugura formalmente la dictadura de Ibáñez. La renuncia del Ministerio Rivas-Matte, que significa también la salida de Edwards del Gabinete, es interpretada por éste en los siguientes términos: "Los nuevos colaboradores, por él [Ibáñez] escogidos, fueron hombres menos apegados a las antiguas prácticas que los que habían desfilado por los despachos de La Moneda, y desde entonces el Gobierno del país adoptó las orientaciones y procedimientos que subsisten hasta hoy. La autoridad del Ejecutivo dejó de ser una mera fórmula escrita en la Constitución para convertirse en un hecho".¹²⁷ Si Edwards ha salido del Gabinete, ello no se debe ciertamente a que se sintiera ahora apegado a las antiguas prácticas parlamentaristas. Su currículo político indicaba claramente que él había sido consistentemente crítico de ese sistema. Pero su desinterés por la práctica política concreta lo induce a renunciar a la acción directa y a retomar el terreno de las ideas, para defender desde allí el curso revolucionario de los eventos. Edwards sabe muy bien que la autoridad reposa sobre un fundamento espiritual. La "fuerza espiritual" sobre la que se fundaba la república parlamentaria, a saber: "la sumisión del país ante las antiguas jerarquías" se ha agotado. El nuevo "hecho" autoritario se funda sobre sí mismo. Esta fase

¹²⁶Ibídem, pp. 278-279.

¹²⁷Ibídem, pp. 275-276.

conservadora de Edwards está marcada por un pesimismo spengleriano. Un vacío moral, que ya no es posible llenar, determina inexorablemente la llegada del cesarismo. Sólo cabe la aceptación resignada de la figura del dictador. El "gran servicio" que Ibáñez le ha prestado a Chile, "es la reconstrucción radical del hecho de la autoridad".¹²⁸ El servicio que presta Edwards es demostrar la futilidad de fundar ese "hecho" sobre fuerzas espirituales renovadas. La afirmación fáctica del liderazgo de Ibáñez, que carece de apoyo fundacional y se presenta como mero hecho consumado, es la única alternativa que concibe Edwards frente a la anarquía.

Esto nos lleva al segundo aspecto que define el enfoque revolucionario que Edwards adopta de Spengler. Según éste, el producto inevitable de la transición de una cultura a una civilización es la emergencia del cesarismo;¹²⁹ y define cesarismo como "aquel tipo de gobierno que, a pesar de su formulación constitucional, carece de forma en su esencia interna (...) Todas las instituciones han perdido significado y peso (...) Sólo un poder exclusivamente personal tiene sentido, el de un César o de cualquiera que sea capaz de su ejercicio".¹³⁰ El advenimiento de una civilización, es decir, la decadencia y muerte de una cultura, se determina fundamentalmente por el advenimiento del liberalismo. Esto no representa una dificultad pasajera y ocasional, sino que define cabalmente la esencia misma de lo que Edwards, en acuerdo con Spengler, concibe como la "gran revolución espiritual de los tiempos modernos". Frente a ella, Edwards experimenta un estado de ánimo auténticamente spengleriano. Confiesa un "terror de alta mar". Una cultura entera se ha desplomado y no aparece en lontananza nada que la reemplace. "El mundo ha llegado a uno de estos momentos solemnes en que la fe de los más atrevidos nautas vacila, y en que cada cual se pregunta si el derrotero que nos lleva con fatalidad inflexible conduce a otra parte que al caos y a la muerte".¹³¹ Se abre ante nuestros ojos un abismo insondable. Pero ante ese abismo se alza "un hombre justo y fuerte, de espíritu recto, de sanas intenciones, no enfeudado a partido alguno, y que, además, mejor que nadie garantiza lo que para el país es ahora esencial: la permanencia de una autoridad normalmente obedecida y respetada".¹³² El conservantismo tradi-

¹²⁸Ibidem, p. 279.

¹²⁹Spengler, *Der Untergang des Abendlandes*, vol. II: *Welthistorische Perspektiven*, pp. 518-521.

¹³⁰Ibidem, vol. II, pp. 537-538.

¹³¹Edwards, *La fronda aristocrática*, p. 135.

¹³²Ibidem, p. 291.

cional expresa la organicidad de una cultura, es decir, un régimen político sustentado por fuerzas espirituales vivas. El momento civilizador, que implica la extenuación de esas fuerzas, exige del conservador actitudes revolucionarias. No es posible insuflar nueva vida a un alma nacional definitivamente muerta. Edwards asume en plenitud esta opción conservadora revolucionaria que se asienta en el cesarismo, es decir, en la afirmación fáctica de la autoridad de un dictador. "Los regímenes políticos 'en forma' reposan sobre fuerzas espirituales (...) Su decadencia y muerte han señalado siempre labora de disolución final, o el advenimiento de las monarquías absolutas sin forma, fundadas sólo en el hecho".¹³³ La clase política tradicional no ha tenido en cuenta que la dictadura de Ibáñez es una verdadera revolución en tanto que no ha puesto "de hecho término al dominio de un determinado círculo político, sino a un período de la historia de Chile. La República parlamentaria en forma estaba muerta en su auna misma con los sentimientos jerárquicos hereditarios, el prestigio de la antigua sociedad y la tradición jurídica de un siglo. La gran verdad de fondo era el desquiciamiento de los viejos vínculos espirituales (...) Ineludiblemente era llegada la hora de César (...)"¹³⁴

Estamos, pues, ante los umbrales del fascismo. Pero también aquí demuestra ser Edwards fiel discípulo de Spengler. Para este último, en oposición a otros conservadores revolucionarios como Jünger, todavía es válido el viejo sueño conservador que aspira a la desmovilización de las masas.¹³⁵ En su versión del conservantismo revolucionario se enfatiza más lo conservador que lo verdaderamente revolucionario o fascista. En Edwards se da una reserva semejante. En la *Frontera* queda claramente a la vista que su antigua desafección por la clase media y el proletariado se mantiene invariable. Y en su Memorándum aparece un testimonio que tiende a confirmar esta característica. El sábado 25 de julio de 1932, cuando la renuncia de Ibáñez parece inminente, Edwards se reúne con algunos líderes de la oposición en La Moneda y en un último intento por salvar su Presidencia, les dice: "¿No habría algún medio de alcanzar el resultado que buscamos, sin que el señor Ibáñez abandone el cargo? El momento es peligroso, y una revolución tan radical podría traernos la anarquía (...) La situación puede todavía com-

¹³³Ibíd., p. 285.

¹³⁴Ibíd., p. 248.

¹³⁵Walter Struve, *Elites Against Democracy. Leadership Ideals in Bourgeois Political Thought in Germany* (Princeton: Princeton University Press, 1973), p. 260.

pilcarse si se pretende agitar a las clases obreras (...)"¹³⁶ Edwards ha depositado su confianza en un líder que puede monopolizar lo político y no tiene intenciones de movilizar políticamente a las masas. Esta última opción caracteriza efectivamente al fascismo europeo. Pero a diferencia de Spengler, el cual no pudo ver en Hitler al verdadero César y por quien tuvo una actitud de distancia y desprecio,¹³⁷ Edwards tiene la oportunidad, rarísima en la historia política, de aconsejar, dirigir intelectualmente y aun administrar el Estado de un César contemporáneo, el que a su vez le brinda su confianza y amistad. □

¹³⁶ Edwards, *Memorándum*; Teresa Pereira Larraín, "El pensamiento de una generación de historiadores hispanoamericanos: Alberto Edwards, Ernesto Quesada y Laureano Vallenilla", *Historia*, 15 (1980), p. 336.

¹³⁷ Struve, *Élites Against Democracy*, p. 269.